desde julio 2023

La última guarida de los que cantaron de pie

10.11.2026

Norberto Santellán

Tres voces que eligieron la intemperie cuando el mundo les ofrecía techo. Ahora esperan en la antesala del más allá lo que todos los revolucionarios esperan: saber si valió la pena haber amado tan ferozmente algo tan roto.



Imagen generada por IA (Gemini)

Había una demora. Como siempre, como en todas partes, como en todos los tiempos, la burocracia del cielo funcionaba con la misma parsimonia resignada que la de la tierra. Y en esa antesala sin coordenadas —ni arriba ni abajo, ni antes ni después— flotaba el tiempo como flota el humo de un cigarrillo en una habitación cerrada: sin prisa, sin destino, dibujando figuras que nadie había pedido y que sin embargo eran hermosas.

No era la primera vez que ese corredor del entre-mundo albergaba conversaciones que el mundo de abajo nunca alcanzaría a escuchar. El purgatorio, fiel a su naturaleza,

convocaba puntualmente a quienes tenían cuentas pendientes con la belleza y con la historia.

La luz allí no provenía de ninguna fuente reconocible. Era una luz de recuerdo, de esas que uno cree haber visto alguna vez en la infancia, cuando la tarde caía sobre algún patio y todo parecía, por un instante brevísimo, completo. Una luz que no iluminaba sino que *acompañaba*.

Lou Reed estaba apoyado contra el borde mismo de la nada con esa postura inconfundible de quien lleva décadas siendo testigo de sí mismo. Nueva York le había tatuado en el alma una especie de ironía estructural, una distancia clínica y compasiva a la vez, como la de un médico que ama profundamente a sus pacientes pero sabe que no puede salvarlos de su propia naturaleza. Reed había elegido siempre la honestidad descarnada por encima de cualquier consuelo fácil: había mirado de frente la heroína, la soledad, la ambigüedad sexual, la crueldad cotidiana de las ciudades, y había construido con todo ese material en descomposición algo que, paradójicamente, respiraba. Su arte era una autopsia con música. Una disección que, al terminar, devolvía la vida al cuerpo examinado. Aquí, en la antesala, seguía siendo el mismo: presente sin estar disponible, cercano sin ser accesible, tan auténtico que resultaba casi incómodo mirarlo directamente.

Soñaba, si es que los muertos sueñan, con la calle Lexington a las tres de la mañana. Con el ruido específico de Manhattan cuando nadie duerme y todos mienten. Con esa dignidad extraña de los parias que él había convertido en épica menor, en catedral de neón y cemento. No había querido ser profeta de nada. Solo testigo fiel. Y acaso eso, en el balance final de las cosas, era más difícil y más valioso que cualquier profecía.

Leonard Cohen tenía los ojos entrecerrados con esa expresión suya de hombre que lleva siglos intentando comprender algo que sabe que no comprenderá del todo, y que ha encontrado en esa imposibilidad su forma más alta de paz. Era un hombre construido en capas, como las ciudades antiguas: debajo del poeta, el monje; debajo del monje, el seductor; debajo del seductor, el hijo obediente de Montreal que nunca terminó de alejarse de la sinagoga ni del frío; debajo de todo, una pregunta en hebreo que nadie había respondido todavía. *Hineni.* Aquí estoy. Esa era su oración última y su única certeza: la disponibilidad radical ante lo desconocido.

Cohen había buscado la felicidad con la misma metodología con que se busca un versículo perdido en un texto sagrado: con paciencia, con erudición, con la sospecha de que está ahí aunque los ojos no lo encuentren. La había buscado en las mujeres —y las mujeres siempre habían sido para él territorios sagrados y devastadores a la vez—, en el

Mount Baldy con su túnica de monje zen, en el whisky añejo, en la derrota asumida con dignidad. Y al final, como en los mejores finales, la encontró sin buscarla: era quieta, era humilde, tenía la textura del silencio después de una larga conversación. No era euforia. Era aceptación. Una aceptación que no resigna sino que abraza. A su alrededor, el aire vibraba levemente, como si las moléculas recordaran la frecuencia de su voz y no pudieran del todo olvidarla.

Y entonces llegó él.

El Indio Solari llegó como llegan los fenómenos: sin anunciarse demasiado, pero cambiando la temperatura del lugar con su sola presencia. Traía consigo algo que los otros dos no portaban exactamente de la misma manera: el peso específico del Río de la Plata, esa densidad particular que tienen las cosas que crecieron entre la derrota y la esperanza, entre el peronismo y la dictadura, entre el asado del domingo y los treinta mil nombres que durante años nadie pudo pronunciar en voz alta sin que le temblara algo por dentro.

Era un hombre que había convertido la cultura de los márgenes en el centro de una cosmogonía propia. Un chamán del conurbano que hablaba en clave y era entendido por millones, que convocaba multitudes en estadios con la misma naturalidad con que otros convocan a cenar a unos pocos amigos, y que sin embargo siempre había mantenido esa extraña modestia del artesano: la convicción de que él era apenas el canal, nunca la fuente. La fuente eran los pibes. Siempre los pibes. Su felicidad, si es que la tuvo, era indesligable de la de los demás. No por ideología abstracta sino por constitución íntima: la individualidad flotando en el vacío no era para él filosofía sino síntoma. La vida verdadera se construye en comunidad o no se construye. Y esa convicción, que otros habrían llamado política, él siempre la vivió como ética, como estética, como religión sin dios específico pero con liturgia muy precisa: la canción, el grito colectivo, el cuerpo de miles moviéndose al mismo tiempo bajo el cielo de alguna provincia argentina.

✦

Pero en algún momento de esa espera sin relojes, la conversación fue hacia un lugar incómodo. Porque los tres lo sabían, aunque no lo hubieran dicho nunca con esa claridad: sus obras, que habían iluminado a millones, también habían alimentado algo oscuro. Habían estetizado el dolor de una manera tan perfecta que muchos eligieron quedarse en él. Habían hecho tan bella la soledad que algunos dejaron de buscar la salida. Reed con sus personajes al margen, náufragos urbanos convertidos en héroes sin redención; Cohen con su melancolía elegante, su derrota tan bien vestida que

parecía un destino deseable; el Indio con su universo hermético y tribal, tan poderoso que podía ser refugio pero también podía ser jaula.

Los tres habían rozado, cada uno a su modo, el nihilismo. No predicándolo — ninguno lo había predicado— sino volviéndolo habitable, incluso atractivo. Habían confundido, a veces, el testimonio con la celebración. Habían retratado el abismo con tanta honestidad y tanta belleza que algunos espectadores tomaron el retrato por una invitación. Y el arte, entendieron ahora en esa luz que no provenía de ningún lado, no puede desligarse de lo que provoca en el otro. La intención no absuelve el efecto. Eso pesaba. Eso pesaba de una manera que ningún éxito, ningún legado, ninguna canción ya inmortal podía aligerar del todo.

Pero había algo más, y era lo que los redimía: ninguno de los tres se había quedado en el abismo. Reed había atravesado la autodestrucción y había elegido quedarse, y esa elección sola valía más que mil manifiestos. Cohen había encontrado su *hineni*, su aceptación que no es rendición sino abrazo. El Indio había construido comunidad donde podría haber construido culto, había convocado cuerpos colectivos cuando le habría resultado más sencillo —y más rentable— fabricar individuos dependientes. El nihilismo, concluyeron los tres con esa serenidad que solo es posible cuando ya no hay nada que defender, no había sido su mensaje sino su materia prima. La diferencia, enorme, estaba en que los tres habían trabajado esa materia para construir algo del otro lado. Habían usado la oscuridad como túnel, no como morada.

En la antesala sin nombre, los tres formaban una imagen que ningún pintor habría podido componer deliberadamente porque su belleza era la belleza de lo que no fue planeado. Reed había creído en la verdad individual como acto político. Cohen había creído en la búsqueda espiritual como forma de amor. El Indio había creído en el amor colectivo como forma de resistencia. Y los tres, sin haberse conocido en vida con la profundidad que el asunto merecía, compartían sin embargo un mismo territorio subterráneo: la certeza de que rendirse a la mediocridad era el único pecado verdaderamente imperdonable. La luz de recuerdo los envolvía con esa generosidad quieta que tienen las cosas que ya no necesitan demostrar nada.

✦

En algún rincón de esa antesala imposible, San Pedro revisaba papeles que nunca terminaban. Y desde mi lugar de sombra y asombro, desde ese ángulo privilegiado que solo tienen los que no pertenecen del todo a ningún lugar, los observé como se observan los sueños que uno sabe importantes: sin intervenir, sin respirar demasiado

fuerte, con la certeza de que lo que estaba viendo no volvería a verse y que sin embargo, de alguna manera que la razón no alcanza a explicar, había ocurrido siempre.

La fila avanzó un paso. Y el aire, brevemente, olió a tabaco negro, a nardo, y a esa cosa inidentificable que huele la noche de los estadios cuando miles de gargantas cantan juntas algo que no saben muy bien qué significa pero que les pertenece de todas formas.

✦

Dicen los que saben de estas cosas que los revolucionarios verdaderos no mueren del todo. Que algo en ellos —no el nombre, no la estatua, sino la frecuencia— queda vibrando en el aire del mundo como una nota que el instrumento ya no toca pero el cuarto todavía recuerda. Que cuando tres almas como esas se encuentran en una antesala del más allá, el universo entero inclina levemente su eje, casi imperceptiblemente, como si algo que faltaba decir hubiera sido dicho. Reed, Cohen y el Indio no eligieron la comodidad ni el silencio ni la orilla segura. Eligieron, cada uno a su manera y en su propio idioma, la incomodidad fecunda de nombrar lo que duele, de hacer visible lo que se prefería ignorar, de amar este mundo con la violencia serena de quienes saben que amarlo de verdad implica también exigirle que sea mejor. Eso es lo que hace un revolucionario: no derrumba por el placer de derrumbar, sino que construye desde los escombros una posibilidad que antes no existía. Y si acaso este mundo todavía puede ser algo más que lo que es —si acaso hay todavía gargantas dispuestas a cantar en la intemperie, manos capaces de sembrar donde otros solo ven desierto, voces que se nieguen a bajar el volumen cuando el poder exige silencio— entonces algo de Lou Reed, algo de Leonard Cohen, algo del Indio Solari sigue aquí, entre nosotros, esperando ser reconocido. Esperando, quizás, ser continuado.

Eso es lo que escuché. Eso es lo que guardo.

El resto es silencio, que también es una forma de música.



Norberto Santellán

Contame-la →